

Francisco N. Morujo

LA COCTELERÍA

J/L
Libros y Literatura

Primera edición.

La coctelería.

© 2023, Francisco N. Morujo.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Víctor J. Sanz.

© Diseño de portada e interiores: Marta Fernández.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126786-3-5

Depósito Legal: 129-2023

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

*A mi padre,
por enseñarme el amor
y la constancia en el trabajo.*

Todos los lugares mencionados en el texto son o han sido reales en algún momento, no así los personajes ni las tramas. Si en algún momento de la lectura te sientes identificado con alguno de ellos es porque mientras escribía recordé algún buen momento vivido contigo.

ÍNDICE

Introducción.....	11
1 La coctelería	13
2 Goycoechea.....	17
3 Una llamada.....	19
4 Emma.....	23
5 El encuentro.....	29
6 El cadáver.....	33
7 Las causas.....	37
8 Sorprendidos.....	41
9 Philippe.....	45
10 Un plan.....	49
11 En apuros.....	51
12 Mensajes.....	57
13 La trampa.....	61
14 El secuestro.....	65
15 Lucía.....	69
16 En el jardín.....	73
17 Un ninja.....	75
18 Un detenido, un amigo.....	79
19 Otro muerto.....	83
20 La casa.....	87
21 Madre e hija.....	91
22 Desconcierto en la oficina.....	95
23 La cita.....	99
24 ¿Para qué?.....	105
25 La jeringuilla.....	109
26 El reencuentro.....	113
27 El vigilante de seguridad.....	117

28 El almacén.....	123
29 Una excursión.....	129
30 En casa de Chuchi.....	135
31 Entre sueños.....	141
32 ¿Qué sucedió aquella noche?.....	145
33 Sospechas.....	149
34 Otra vez la casa.....	153
35 Lo que sabía el vigilante.....	157
36 Las cámaras de seguridad.....	159
37 La confesión.....	165
De como acabó todo.....	169
Epílogo.....	171
Notas del autor.....	173



Introducción

Cuando abrió los ojos, el AVE procedente de Valladolid partía tras una breve parada en la estación de Segovia. En menos de media hora estaría apeándose del tren en la estación de Chamartín. El sueño de toda su vida iba cogiendo forma de realidad inminente y Alba Garrido, por fin, iba a ejercer de aquello que siempre había soñado con ser: policía nacional.

Natal del Burgo de Osma e hija única en una familia humilde del pueblo, su padre, que dirigía con éxito una nave de crianza de pollos para el consumo de carne, y su madre, que trabajaba en el balneario de la ciudad, siempre procuraron el mejor porvenir de su única hija.

Salió muy pronto del pueblo para irse a estudiar y trabajar a Valladolid. Desde una edad muy temprana sentía admiración por la Policía Nacional y había empezado a preparar la oposición. Ante la opinión en contra de sus padres, había dejado sus estudios una vez terminado el bachiller para ser vigilante de seguridad, trabajo que compaginó durante tres años hasta aprobar la oposición a la Policía.

Antes solo había estado una vez en Madrid, una excursión organizada por la peña Los Pajaritos al estadio Santiago Bernabéu para ver en directo en el coliseo madridista un partido entre el

Real Madrid y el Numancia, equipo de referencia en las tierras sorianas de donde ella venía. Pero en su nuevo viaje llegaba para quedarse.

Bajó del tren y cogió un *cabify* advertida de la picaresca de algunos de los taxistas de Madrid, que sin duda perjudicaba a la fama y al negocio de la gran mayoría. Se dirigió al apartamento donde iba a alojarse y, una vez dejadas allí sus cosas, fue directamente a la Ciudad del Automóvil de Leganés. Allí le esperaba el regalo de sus padres por su reciente veinticuatro cumpleaños, un cochecito eléctrico que le sería muy útil en la gran ciudad.

Recogió el coche y con mucha decisión lo ajustó a sus medidas y puso el GPS con dirección a la que sería su primera comisaría como policía en prácticas. Situada en el centro, en una calle angosta paralela a la Gran Vía y a pocos metros de la plaza de España, la comisaría de Leganitos es un establecimiento policial mítico para los lugareños de la zona, si es que en Madrid queda aún algún lugareño.

Durante el trayecto, llena de emoción y alegría, no podía imaginarse las aventuras que le esperaban.



1

La coctelería

Había hecho ese recorrido millones de veces. Bajo por la calle Leganitos, hasta el metro plaza de España, giro a la derecha y a cruzar la Gran Vía por el semáforo para enfilarse después la subida de la calle Reyes hasta llegar al ascensor del metro. Después de tantos años desconocía si eso era plaza de España o Noviciado, pero lo que tenía claro era que allí, enfrente de ese ascensor estaba el mejor bar de la zona. Daba igual la hora del día —o de la noche—, al final, Richard, un inglés afincado en Madrid y propietario del bar, siempre sabía qué ofrecer.

La coctelería, como le gustaba decir a Richard, estaba cerrada y Richard, jubilado, viviendo su vejez en la Costa del Sol como tantos ingleses. Sin embargo, el inspector Goycochea llevaba varios días haciendo una y otra vez el recorrido de siempre. Cruzaba por la calle y por la estación del metro, rodeaba por otras calles adyacentes e incluso era capaz de bordear todo el barrio entero, si encontraba algún novato dispuesto para llegar a aquel lugar en el coche patrulla, porque Goycochea debía ser el único policía del mundo que no sabía conducir.

Estudiaba todo, cualquier callejón, cualquier acceso, cualquier escondite por recóndito que este fuera. Escudriñaba cualquier esquina o resquicio que pudiera haberle pasado inadvertido en la vuelta anterior.

«Coches, personas, locales...; cualquier cosa podría ser útil en estas circunstancias», se decía a sí mismo. Pero una y otra vez volvía a la oficina frustrado, quizá desanimado por no haber obtenido resultado alguno.

Absorto en sus pensamientos, removía papeles y trataba de descifrar lo indescifrable una y otra vez y, al final, siempre el mismo resultado: «Cristo del Gran Poder, ¿qué coño es esto?».

Todos en la comisaría le respetaban y sabían que cuando el inspector Goycochea fruncía el ceño más de la cuenta o su rostro era demasiado serio, era mejor no dirigirse a él pasara lo que pasara. Sentado en su oficina y mirando al techo, ese viejo techo con luces fluorescentes de las que ya no se utilizan, algunas de ellas fundidas desde hacía años, intentaba ordenar las ideas te- cleando en su vieja máquina de escribir Olivetti 33. Viéndole por una cámara oculta, nadie creería que ya hacía dos décadas que estábamos en el siglo XXI. Le gustaba tenerlo todo escrito en una especie de diario que hacía de cada caso en el que trabajaba y que archivaba cuidadosamente; lo hacía desde el inicio de su carrera.

Había resuelto miles de casos, más fáciles, más difíciles, más cruentos, pero... «ahora mismo estoy metido en una novela de un escritor malo que no sabe cómo proseguir», pensaba para sí mismo mientras sonreía cuando en ese pensamiento se veía siendo «el profesor Langdon en una de Dan Brown».

—¡AY...! ¡¡Ya me gustaría!! —dijo esta vez en voz alta y suspiró.

Media comisaría le miraba atónita. Le miraron, pero nadie se atrevía a decirle nada. Tan solo el comisario, de vez en cuando, se acercaba para preguntarle si había obtenido algún dato nuevo, alguna buena nueva de la que poder presumir y contársela a sus superiores o quién sabe si a la prensa. Goycochea no contestaba en la mayoría de las ocasiones, solo su gesto valía para que el

comisario supiera que la pregunta no tenía respuesta o que si el inspector respondía sería un sutil: «Váyase usted a tomar por el culo, señor comisario».

De repente, sonó el teléfono.



2

Goycoechea

Lo que peor llevaba de su trabajo era no poder resolver un caso. Esa viuda, ese hijo, ese padre... No poder darles explicaciones ni entregarles un culpable cuando habían perdido de forma abrupta a un ser querido era una idea que aterraba al inspector Miguel Goycoechea.

Un hombre de Dos Hermanas, andaluz en todo menos en su apellido. Su bisabuelo había caído por casualidad en Sevilla y decidió cambiar la lluvia del norte por el sol que manda en el sur. Y allí estuvo y aún estaba su familia, a excepción del bisnieto que trabajaba en la capital.

Había pocos vascos en Sevilla, pero la familia de nuestro inspector cumplía con creces los ocho apellidos vascos, se habían emparentado entre ellos como si pensaran fundar el filial del Athletic Club de Bilbao.

Alto, vigoroso y todo lo en forma que le permitían estar su trabajo y su edad, porque ya peinaba canas. A punto de jubilarse, soñaba con volver a Dos Hermanas en su retiro, quizá allí y ya retirado de toda actividad, consiga echarse novia o novio, que nunca se sabe, y formar la familia que no había podido volver a tener desde que separó.

En su quehacer como agente del Cuerpo Nacional de Policía era como una especie de reservista. Tenía carta libre para hacer cuanto quisiera mientras no fuera necesaria su actuación.

Hombre prudente y cauteloso, con tesón y un conocimiento de la psique del delincuente digno de las series americanas, solo contaban con él como último recurso cuando el resto de los investigadores no eran capaces o cuando la situación era tan rara que hacía falta una visión más propia de un chamán o un vidente que de un policía.

Renegaba de los nuevos métodos, pensaba que no sabían investigar sin ADN, sin pruebas científicas, en fin, reclutando hechos y testigos como tantas veces él había hecho, atando cabos en una pizarra.

De nuevo le habían llamado y sus miedos volvían a escena. El Ducados le ayudaba a llevarlo mejor.



3

Una llamada

—Inspector Goycochea, dígame —contestó al teléfono, llevaba años haciéndolo así.

—*Camarero Richard, jubilado* —contestó una voz jocosa al otro lado del teléfono, seguido de una amplia carcajada—. *¿Cómo estás, Michael?* —prosiguió la voz en un espanglish de Carabanchel digno de envidiar.

—Jodido —espetó el policía—, te he llamado lo menos setenta veces en tres días. ¿Dónde coño te metes?

—*Oh, my friend, aquí vivo muy tranquilo, no estoy pendiente del teléfono, ¿alguna novedad?*

—*¿Tranquilo?* —el inspector no salía de su asombro—. Te juntas mucho con ingleses por allí, se te está olvidando hablar.

—*Ja, ja, ja... Me he echado novia.* —«Que ya es hora con 63 años», pensó el policía—. *Y, claro, el idioma lo sufre, pero... no creo que me llames con tanta prisa para cotillear mi vida. Además, Michael, te conozco desde que bebías Licor 43 con naranja. Te noto nervioso.*

Era cierto, allá por el año 82, en plena movida madrileña, el inspector tomaba esa bebida tan exótica que era algo así como masticar azúcar. Fue de los primeros clientes de la coctelería, así era como llamaba Richard a aquel bar ambientado como un pub

inglés, de los primeros que hubo en Madrid. La coctelería pronto triunfó en aquellos años locos, y se dice que muchos artistas pasaban por allí, también políticos y gente de malvivir. Ambos eran dos veinteañeros que venían a comerse Madrid o lo que les pusieran por delante.

—Richard... —murmuró Goycoechea, dejando después un silencio tenso más propio de un concurso de televisión que de una conversación telefónica con un amigo.

—*Fuck!!*, *Michael*, *me estás asustando*, *habla de una puta vez* —dijo el camarero, perdiendo un poco la paciencia.

—No grites, coño, y escucha atentamente —respondió el inspector con voz acongojada e intranquila—. Ha aparecido un cadáver en la coctelería.

—¿*Cómo?*! —dijo Richard entre exclamación y pregunta.

«Eso digo yo: ¿cómo? —pensaba el inspector—. Nada forzado, nada roto, ningún testigo. ¡Ningún testigo en la Gran Vía!, ¡¡por el Cristo del Gran Poder!!».

—*Querido amigo*, *antes de irme de Madrid dejé la gestión del local a una empresa para que lo alquilara a buen precio y a buen inquilino*, *ya sabes...*

—¿Cuántas llaves hay?

—*Solo la que ellos tienen y la que tengo yo en mi poder*, *aquí conmigo*.

—Pues tenemos un problema —zanjó el inspector despidiendo la conversación.

Y vaya si lo tenían, un cadáver en mitad de Madrid, en un local en reformas desde hacía varios meses, dejado allí quién sabe cómo o asesinado allí mismo —aún no había autopsia definitiva— a plena luz del día.

Sin testigos —esto hacía encenderse al inspector—, nadie ha visto nada en Madrid, Gran Vía, entre las 14:00 y las 15:30 de la tarde.

—Inspector, le están esperando.

—Gracias, esto..., perdona, pero no sé tu nombre.

—Garrido, señor, agente Alba Garrido.



4

Emma

—Señorita Garrido.

—Dígame, señor inspector.

—Me gustaría alguien que hiciese de testigo de esta conversación, ¿le importa acompañarme?

—Por supuesto, ese es mi trabajo, pero... —dijo, haciendo un inciso en la conversación, entre nerviosa y molesta.

—Dígame, señorita —apuntó el inspector.

—Veamos cómo se lo digo sin ser grosera. —Tanta incertidumbre corroía al inspector en su fuero interno, era curioso por naturaleza—. Como me vuelva usted a llamar señorita, le cruzo la cara.

—Entonces te llamaré señora —zanjó Goycochea mientras esbozaba una sonrisa.

Garrido se ruborizó ante la respuesta, pero la entendió de forma cómplice, estaba segura de que haría buenas migas con ese inspector del que le habían dicho que era un tipo raro.

Mientras discurría la conversación, en el despacho de al lado, una joven miraba al infinito mientras se comía las uñas. Intentaba tranquilizarse, pero era imposible ante la situación generada. Se encontraba sola, en un despacho de una comisaría, a la espera de un misterioso inspector que tardaba más de la cuenta y, lo mejor de todo, sin saber por qué.

La llamada había sido escueta, muy concisa, con instrucciones muy claras: «Preséntese lo antes posible en la comisaría y pregunte por el inspector Miguel Goycoechea». Había pasado poco más de media hora desde ese momento hasta que llegó a la oficina policial y ahora llevaba otra media hora esperando. Parecía que llevaba esperando tres días; el tiempo era eterno hasta que, por fin, se abrió la puerta.

—Seguro que no le han ofrecido a usted ni un café —fue el saludo del inspector, que apuntilló—: Hay que joderse, parece que los pagan de su bolsillo.

Goycoechea volvió a salir dejando a las dos chicas en el despacho, mirándose ambas con cara de póker, sin saber qué decir. Ninguna de las dos tenía la más mínima idea de lo que hacían allí ni de adónde habría ido el policía que había convocado esa misteriosa cita. Al menos Garrido estaba trabajando, pero la citada estaba allí y sin saber por qué ni para qué.

Al cabo de unos minutos, regresó el inspector. Traía en sus manos tres cafés, o lo que fuera aquello que salía de la máquina. «Si eres capaz de tomarte un café de esos y salir ileso, te dan la medalla al mérito policial», decían medio en broma, medio en serio los que allí trabajaban.

—Tomad, no es lo de Colombia, pero nos valdrá para distender un poco el ambiente. —Las dos chicas se miraban atónitas—. En primer lugar, quiero decirle que no se preocupe. No está usted aquí porque sea sospechosa. —«Al menos de momento», pensaba—. Ni siquiera porque creamos que sea testigo de nada. Sencillamente, necesitamos alguna información y creemos que usted nos la puede proporcionar.

La invitada suspiró profundamente al oír estas palabras. Dio un sorbo al café o lo que aquello fuera y se relajó.

—Antes de que me digan nada, me gustaría preguntarles algo. Está usted hablando en plural, quiero decir, ¿cuánta gente está detrás de esta movida?

—No se preocupe, solo yo por el momento y, después de esta conversación, mi ayudante, la agente Garrido, aquí presente. Estese usted tranquila señorita Emma.

La invitada demudó el semblante al oír ese nombre. No se llamaba así. Digamos que era un nombre artístico, el nombre artístico que utilizaba para costearse sus estudios de ADE, en una universidad privada sin renunciar a todo lo bueno que ofrecía Madrid fuera caro o barato. Ese nombre le permitía comprar en El Corte Inglés o acudir cada quince días a los palcos del Santiago Bernabéu, pero eso nadie lo sabía o... eso pensaba ella.

Por su parte, la agente Alba Garrido volvió a sonrojarse al escuchar que era la ayudante del inspector. Acababa de llegar a Madrid y ya le habían dado un cargo. No sabía si eso era bueno o malo, pero era un cargo, al fin y al cabo. Y además se lo había dado el inspector más raro pero el más eficaz de la brigada de homicidios.

—Perdone —dijo la tal Emma—, pero yo...

—Sé que no se llama usted Emma, su nombre es Aránzazu o Arancha, depende de quién la llame.

Llevaba ya el inspector muchos años haciendo este tipo de cosas. Era perro viejo. Decir lo que sabía de alguien sin mencionar absolutamente nada de lo que sabía hacía que el interlocutor dudara de todo y evitara omitir ningún detalle o mentir al respecto. Esto le había hecho resolver muchos casos, conseguir muchas y valiosas informaciones y sobre todo ganarse el respeto de los cuerpos policiales de medio mundo. Era un tipo listo, sin duda.

Dicho esto y sin más dilación, soltó sobre la mesa dos fotos. Emma escupió todo el café sobre ellas al verlas. Palideció. Le

faltaba el aire. Tardó varios minutos en reaccionar después de ver aquello.

Garrido intentaba ayudar, sin saber muy bien que hacer. Estaba superada por la situación, pero en su interior sabía que cuando una es policía debe saber qué hacer en esos casos. Aparentaba tranquilidad, aunque en su interior el corazón latía disparado como si estuviera corriendo la maratón de Nueva York.

—¿Qué sabe usted de este hombre?

—Poco y a la vez mucho. Era un amigo.

—¿Un amigo? —Al inspector lo que más le molestaba era que intentaran edulcorarle la realidad—. ¿O un cliente?

—En realidad era una especie de *sugar daddy*. Quedábamos varias veces al mes, me hacía regalos. Me invitaba a sitios de lujo. Me regalaba cosas. No sé ni a qué se dedicaba ni lo que hacía, nunca me lo dijo. Era muy celoso de su intimidad. Lo único que puedo asegurarle es que estaba divorciado y que tenía dos hijos, ambos mayores que yo. No sé más... De verdad.

—Iré al grano —el policía cambió el tono y el gesto—: ¿Mató usted a este hombre?

—Mire usted, soy joven, pero no soy idiota. Este señor me proporcionaba todos los meses dos o tres mil euros, entre unas cosas y otras. Matarlo sería como cerrar un negocio boyante, matar a la gallina de los huevos de oro. ¿Puedo irme?

—Sí, nos ha sido de mucha utilidad. Gracias.

No había dicho la invitada nada nuevo. El inspector sabía o por lo menos se imaginaba todo lo que ella había contado. Desde su sueldo Nescafé hasta la edad de los hijos de la víctima.

«Emma o Aránzazu o como se llamara hace servicios de acompañante a señores solventes. Así se paga sus estudios. No tiene un chulo que le saque el dinero o la obligue, es totalmente independiente. Tampoco es una prostituta al uso, puesto que

no ofrece sexo, aunque a veces si lo haya, sino solo compañía». Tenía claro Goycoechea que ella no había sido, y no solo por la declaración anterior, sino por el resto de los detalles.

—¿Cree que dice la verdad? —interrumpió Garrido al inspector que se hallaba absorto en sus cábalas y pensamientos.

Le tiró sobre el regazo las fotos, aun llenas del café o lo que aquello fuera, que había escupido la invitada. Las observó Garrido con detenimiento.

«Pues claro que dice la verdad, hay que ser muy gilipollas para poner tu nombre en el pecho de un cadáver con un tiro como si fuera la firma de una obra de arte», pensó Garrido.

—Dice la verdad —apuntó Garrido.

—Goycoechea, dígame algo: ¿de verdad me considera su ayudante?

Goycoechea soltó una sonora carcajada.

—Me has caído bien —dijo por fin—, pero estás en prácticas; que no se te suba a la cabeza.

Garrido se sonrojó por tercera vez en un rato, se sentía como una adolescente enamorada que era correspondida. Acababa de llegar a Madrid, apenas llevaba tres días trabajando, recién llegada de la academia de Ávila y ya le parecía haber salido por la puerta grande de las Ventas después de todo lo ocurrido aquella mañana.

Se fueron ambos a descansar después de quedar para el día siguiente, a primera hora, en la puerta de la coctelería.